La memoria embrutecida

JOSEBA EZEOLAZA
Escritor

Hay víctimas de ETA que jamás han contado lo que les pasó hasta que un periodista o una investigadora se han acercado con respeto a su testimonio. Escuchando muchas de esas vivencias ocultas bajo paladas de miedo he tenido siempre la sensación de que también algo en nosotros revivía, que aquellas personas señaladas y asesinadas volvían a la vida, aunque fuera por un momento, en un camino de retorno que va desde ese día oscuro en el que los mataron hasta la luz de nuestra memoria. Dar a conocer esos testimonios ha supuesto que entrara el aire de golpe. Por eso mismo no sabemos ya vivir sin hacer memoria.

Debe de haber alguna forma de que ese lamento no duela tanto, pero muchas veces los familiares no la encontraron. Carmen Belascoain, la madre del niño Alfredo Aguirre, asesinado por ETA en Pamplona en 1985, vive consumida por la pena. Fernando Altuna, hijo del policía Basilio Altuna, se suicidó en 2015. A los 35 años de un duelo que arrastró como si fuera una cuchilla abierta fue incapaz de soportar tanto vacío.

La condición de víctima no se hereda, pero el dolor sí. La violencia es un suceso que invierte la vida, provoca una nueva cuenta temporal. Se empiezan a contar los años vividos sin la persona asesinada. Por eso muchas víctimas conservan la edad del trauma. Su impacto en las víctimas y en la sociedad no desaparece como si nada. Y para poder superar esas heridas hay algunos condicionantes básicos que, hoy por hoy, no se están cumpliendo, porque quienes ejercieron con mayor intensidad el terrorismo plantean la superación de este trauma como un pulso político que ganar como sea. Pero la memoria, además de un gesto de solidaridad hacia atrás, es un acto moral.

Por eso, la asfixiante presencia de los perpetradores de ETA en


FOTOLIA

listas electorales, en las fiestas o en el espacio urbano es un lastre para la convivencia. Recordamos para prevenir las ideas y los valores que hicieron posible la muerte, y en esa lógica, deslegitimar la violencia y las acciones de quienes la practicaron es una tarea de la memoria. No es un debate de tipo formal. Una vez cumplida su pena de cárcel cabe el reproche moral ante un perpetrador que sigue orgulloso de lo hecho. En el caso de ETA, lo inédito no es defender la memoria particular y sentimental de un familiar que asesinó, lo inédito es difuminar en la conciencia colectiva la frontera entre el ejecutor y la víctima, y es ahí donde se ubica nuestra garantía de no repetición.

La violencia no solo es devastadora a nivel humano, también construye una estructura social (de modelos de pluralismo, por ejemplo) que es necesario reparar de alguna manera. En ese camino los perpetradores deben contribuir a la fijación de un nuevo significado de los derechos humanos y la convivencia, y la sociedad debe contribuir a que transiten ese camino. Y ello, más que unas palabras nuevas, exige unas actitudes, individuales pero también colectivas, que todavía están por venir. La autocrítica te expone al juicio de los demás, pero es la única forma de promocionar otro espíritu de época. El perdón, o el reconocimiento del injusto daño causado, no solo tiene una dimensión íntima que conecta a la víctima con el victimario, tiene también una lógica social porque contribuye a la nueva vida que necesitamos. Esa perspectiva comunitaria del perdón supone la voluntad de restaurar socialmente el daño hecho a la sociedad.

La violencia embrutece a quien la ejerce, pero también a quien la defiende. Desde el mundo que hizo posible que ETA asesinara a más de 800 personas se plantea una memoria embrutecida. Se cuentan víctimas para hacer frente, no para aprender la lección. Así, las víctimas entran en el terreno de las matemáticas y no en el espacio de la moral. Por eso dirigentes de Sortu homenajean a Jacques Esnal, condenado por el atentado de la casa cuartel de Zaragoza, como si fuera una víctima de la crueldad del Estado pero no a sus 11 víctimas. La contabilización de víctimas solo forma parte del memorial de agravios. Se plantea una especie de rivalidad de daños que no hace mucho por reconstruir moralmente a la sociedad violentada. La idea de que aquí hubo dos bandos igualmente mortíferos e igualmente responsables suelen usarla precisamente quienes más daño hicieron. Es una forma de autoinmunización ética. Pero si algo aprendimos tras la dictadura franquista es que poner en marcha un relato para neutralizar otro es devastador para las víctimas.

Josu Elespe nos contó en Lasarte, por primera vez, que a los dos días de matar a su padre alguien dejó un mensaje amenazante grabado en el contestador de casa. Que estos detalles de la crueldad con la que operaron nos duelan tanto ojalá sea la antesala de una buena gestión de la memoria. Porque ahora que la tarea es tan inmensa, el tiempo de la memoria les pertenece a las víctimas, no a los perpetradores.

CARTAS AL DIRECTOR

Las cartas dirigidas a esta sección no deberán exceder los 900 caracteres con espacios y han de llegar a la Redacción debidamente identificadas con firma, nombre y apellidos, y número de DNI. Es imprescindible adjuntar dirección y un teléfono de contacto. La Dirección de El Diario Vasco se reserva el derecho a resumirlas y no se mantendrá correspondencia escrita, personal o telefónica sobre las mismas.
Los envíos se harán bajo el encabezamiento «Cartas al Director» por cualquiera de estas vías:
Por correo: **Mikeletegi Pasealekua 1. 20009 Donostia San Sebastián**
Por correo electrónico: **redaccion@diariovasco.com**

Volver a la democracia

Una ola de sentimentalismo barre el raciocinio y está afectando no solo a los dirigentes y a sus partidos sino también a parte del pueblo llano. Leo en esta sección que los presidentes de EE UU y de la Comunidad de Madrid son «absolutistas», lo que demuestra ese desprecio a la importancia de las palabras, tan extendido, que lleva a usar con temeridad términos como 'nazi', 'genocidio' o 'terrorismo'. La culpa de esta deriva hacia la distorsión de las palabras para evitar enfrentar la complicada realidad nace de prejuicios ideológicos que se enmascaran en un buenismo reconfortante. Porque difícil será analizar y afrontar la realidad si unos son los buenos y otros son los malos. Una 'bondad' que no tiene problema en tildar de 'mala' a la mitad de sus vecinos. Se autocanoniza y desprecia al que no comulga con su credo. Ojalá Israel y el pueblo palestino encuentren la paz. Y ojalá el dividido pueblo español pueda reconocer y tomar el camino a la democracia. Esa que se edifica sobre el pluralismo político, sin imposiciones.
TERESA RIVERA SAN SEBASTIÁN

El Tambor para las suegras

El parentesco más vilipendiado es la suegra, se la teme, protagoniza chistes, parodias y hasta hubo un juguete para asustar que se llamaba 'matasuegras'. En esta ciudad dinámica, de incesante actividad cultural, deportiva y social, la suegra es el eje, la base para poder participar, actuar y disfrutar –no te escondas, truhán–. Llega el Festival de Jazz y recurrimos a... dile a tu madre si puede ocuparse de los niños, o los mismos niños y la misma madre en la Behobia-San Sebastián, tal vez mi suegra pueda llevarles a los Fuegos, o saldremos en la Tamborrada por la calle Matía para que tu madre lleve a los chavales, en la Quincena o para ese concierto único, y en el Zinemaldia podría llevarlos al cole, y si les diera de comer que tenemos la travesía... qué sería de Donostia sin las suegras; sabes qué te digo, no estaría mal el Tambor de Oro para la Suegra.
JAVIER POSTIGO DONOSTIA

Perros

Según la ley es deber de los ciudadanos recoger del espacio público las heces de nuestros animales de compañía. Pues eso. Dueños de perros, hagan caso y cumplan con dicha norma. Estoy harta de caminar por aceras que están hechas un verdadero asco de cacas de perro.
ANA GORROTXATEGI IRUN

Perpiñán



PÍO GARCÍA

A los yonquis de Puigdemont la metadona ya no nos hace efecto. ¡Necesitamos fentanilo del bueno! La idea del mediador salvadoreño fue sublime y esas negociaciones en Ginebra tenían la atmósfera lluviosa y electrizante de las películas de espías. ¡Era un gozo ver a Santos Cerdán con su mochilita y sus probables gastos de representación aterrizando en un aeropuerto suizo! Más tarde, la repentina aparición y súbita desaparición de don Carles en Barcelona tuvo incluso su puntito David Copperfield y nos hizo abrigar esperanzas de nuevos giros surrealistas en la trama, pero llevamos unos meses aburridísimos. Pasados los primeros momentos de excitación patriótica, el exilio es un muermo y uno se cansa de saludar a los jubilados del Ampurdán que viajan en autobús a Bruselas. Ni siquiera las intervenciones parlamentarias de Miriam Nogueras látigo en mano tienen ya el encanto sadomasoquista de las primeras temporadas, cuando toda pornografía era posible.

Los seguidores de Puigdemont confiábamos en una nueva y definitiva vuelta de tuerca. Yo le habría concedido indulgencia plenaria y hasta la independencia inmediata a cambio de verle comparecer en Perpiñán con las joyas del Louvre en la mano, narrando teatralmente cómo a él y a su compinche Turull se les había ocurrido pillar una grúa y una radial para llevarse en una bolsa del Bonpreu las perlas de Napoleón mientras abajo, en la calle, Lluis Llach los esperaba en una furgoneta canturreando 'L'estaca'. ¡Esa sí que habría sido una salida –quizá la única– a la altura del personaje! Enganchados a la épica, todo lo demás nos suena a filfa, a blablablá, a bostezo, a Oriol Junqueras oyendo misa de doce.